

# Historiología y sociología.

A propósito de la formación  
de Max Weber y el  
nacionalismo

**Luis Fernando Quiroz Jiménez<sup>1</sup>**

<sup>1</sup> Filólogo hispanista de la Universidad de Antioquia, corrector de texto de la Editorial Universidad de Antioquia, miembro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana. [lfernando.quiroz@udea.edu.co](mailto:lfernando.quiroz@udea.edu.co)

*Actualmente es más importante el monopolio  
de la legítima educación que el de la legítima  
violencia*  
Ernest Gellner.

**T**

oda discusión que considere expresamente la filología tiene hoy cierto eco de reclamo vetusto, cierta resonancia de «los trastos de los tatarabuelos», como quien dice. La mayoría de las personas no tiene ya ninguna noticia disciplinar de ella, y a veces ni noticia general alguna, aunque en el siglo XIX encauzó dentro y fuera de Europa los procesos de definición de los Estados nacionales —junto con el derecho y la economía política—, y aunque en Colombia misma fueron cultores de ella no pocas figuras públicas. Aun así, digámoslo ya: a la larga o a la mediana, Max Weber es tanto producto de la filología como significativo renovador de ella; por lo menos, se puede afirmar que su obra se nutre tanto de ella como de las condiciones intelectuales instituidas por ella, reflexionándolas. Por lo mismo, Weber representa, entre líneas, uno de los puntos de articulación más significativos y decisivos de filología y sociología, a pesar de que ni el grueso de los sociólogos discuta con la filología, ni el grueso de los filólogos lo haga con la sociología —ni con su propia historia disciplinar—, y a pesar de que menos aún lo hagan los especialistas de la literatura y la lingüística, disciplinas estas dos que hoy solo se definen por un objeto considerado las más de las veces en abstracto, de manera autorreferencial, aislado de su especificidad espaciotemporal o sociohistórica. Con todo, unos y otros académicos tienen en común precisamente un problema: la relación entre sociedad, lengua y literatura.

Aquí no ahondaremos en la específica mediación de los tipos ideales weberianos entre tres diádas: dialéctica y empirie, literatura y so-

ciudad, filología y sociología; esta posibilidad la introduce Rafael Gutiérrez Girardot, con sumo magisterio, en dos obras complementarias: *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989) y *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX (¿1991?)*. No nos detendremos en las posibilidades que para una esfera literaria hispanoamericana y algunas «sectas secularizadas» o asociaciones literarias abre una legitimación afectiva o carismática o aun otra tradicional, que no solo una racional. Esto ya lo hemos intentado en otro lugar.<sup>2</sup> Por último, valga anotar que tampoco acompañaremos esa labor teórica con el largo capítulo disciplinar e institucional que igualmente requiere la confrontación entre el método histórico y comparativo con el que nace la filología moderna y el método también histórico y comparativo que establece Weber para la sociología comprensiva. Sin embargo, en cuanto al primer método, *Orígenes de las lenguas neolatinas* (1973) de Carlo Tagliavini sigue siendo una obra de referencia obligada —por apenas filológica que al respecto sea—, además de muchos otros trabajos filosóficos de Gutiérrez Girardot, mientras que distintas contribuciones de María Stella Girón y Miranda Lida han ahondado en tramos fundamentales de la filología en la Universidad de Antioquia y la Universidad de

---

Buenos Aires, respectivamente; en cuanto al segundo método, con miras a un renovado programa de investigación cultural e institucional, Wolfgang Schluchter ha planteado una discusión cuyos contornos hemos seguido en dos ediciones en lengua española: *Acción, orden y cultura* (2008) y *El desencantamiento del mundo* (2017).

Aunque estos precedentes encauzan nuestra perspectiva, queremos aceptar la invitación del coordinador de este dossier a concentrarnos en la temprana formación de Max Weber, a partir de un pasaje de la biografía escrita por su viuda (II). Nuestro propósito es tan solo esbozar relaciones y sugerir problemas, principalmente una superación de Weber del nacionalismo intrínseco de la filología (III), lo cual introducimos más bien a modo de hipótesis mediante el comentario de Marianne Weber a los primeros tres ensayos que habría escrito aquel. Hemos de reconocer que a este artículo lo presiden no solo los límites de extensión, sino también las carencias bibliográficas —de originales y traducciones, incluso del CD-ROM mismo de la Max Weber Gesamtausgabe—, carencias agravadas por la tecnocarenta, a pesar de que nuestros archivos y bibliotecas poco tengan de aquel prefijo.

## II

En la temprana y aún imprescindible biografía de su difunto esposo, Marianne Weber nos vende la imagen de un

<sup>2</sup> Así tratamos de reconsiderar la hermandad encabezada por Leopoldo Lugones y algunas otras sectas que se identificaron con el modernismo rubendariano, incluidos los panidas antioqueños; cfr. L. F. Quiroz Jiménez, *Panidas, rubendariacos y apolonidas. Apropiación y legitimación de Rubén Darío en "Colombia" (1894-1916) (2019)*, trabajo de grado presentado para optar al título de filólogo hispanista y premiado con el primer puesto en la categoría de ciencias sociales del 24.º Concurso Nacional Otto de Greiff.

precoz genio, de un «futuro sabio»; eso sí: uno provechosamente estimulado por la sociabilidad política e intelectual del hogar paterno, por parientes catedráticos, como su tío político Hermann Baumgarten; por ocasionales visitas de «estrellas del firmamento académico», como el filósofo de las «ciencias del espíritu» Wilhelm Dilthey o el filólogo clásico e historiador de Roma Theodor Mommsen —segundo premio nobel de literatura, para más señas—; y por visitantes asiduos como el filólogo y publicista Julian Schmidt, autor por cierto de la segunda historia de la literatura nacional alemana. A la sazón, Max Weber padre fungía de diputado en Berlín, en representación del partido de los liberales nacionalistas, alrededor de cuyas causas se articulaba tal sociabilidad. Marianne dice: «En particular los dos hijos mayores, Max y Alfred, se familiarizaron con problemas políticos desde temprana edad»; «El conocimiento de historia universal que estaba forjándose, adquirido de esta manera por el joven Max, se grabó vivamente en su espíritu durante [cuarenta] años; incluso el estallido de la guerra de 1870 le dejó una impresión duradera» cuando solo tenía seis años; «pronto se hicieron notar su actividad intelectual y una independiente

sed de conocimiento»; «Su madre dijo del niño de nueve años: “Max está fascinado por la historia y la genealogía”. Y su abuela escribió:/Max aspira ya a cosas mayores. El latín lo atrae grandemente»<sup>3</sup>. Pero esto no era excepcional, producto de algún desmedido esfuerzo familiar o personal. Era, en primer lugar, producto del clasicismo con el que se buscó definir la nación alemana desde inicios del siglo XIX, ideal que se fundaba en los estudios filológicos; que encarnaba el Júpiter de Weimar, Johann Wolfgang von Goethe; y que, a su manera, también llegó a postular con muchos de sus escritos y de sus famosos fragmentos uno de los padres del romanticismo alemán y de la filología moderna, Friedrich Schlegel<sup>4</sup>. Veamos esto, sumariamente.

El nacimiento de la filología moderna, que se distingue tanto de los llamados estudios de anticuario o de Antiquitates como de la artesanía erudita hasta entonces practicada para editar y comentar a los clásicos grecolatinos, se encuentra a caballo entre el siglo XVIII y el XIX, entroncada en especial con el romanticismo alemán y los nombres de Friedrich y August Schlegel, autores respectivamente de *Sobre la lengua y la sabiduría de los indios* (Heidelberg, 1808) y de *Observaciones sobre la lengua y la literatura provenzal* (París, 1814), entre otras contribuciones fundacionales.

<sup>3</sup> Marianne Weber, *Biografía de Max Weber*, M.ª Neira Bigorra (trad.) (México: FCE, 1995), 89.

<sup>4</sup> Por la importancia de este autor, tan olvidado entre nosotros, deseamos citar de manera representativa el N.º 44 de los «Fragmentos críticos» [1797]: «No se debería invocar al espíritu de la Antigüedad como si fuera una autoridad; los espíritus tienen la particularidad de no dejarse atrapar ni exponer ante los otros; los espíritus sólo se muestran a otros espíritus. Seguramente, como en otras cosas de la vida, también en este caso lo más rotundo y conciso sea demostrar por medio de buenas obras que uno está en posesión de esa fe que es fuente única de salvación»; Fr. Schlegel, *Fragmentos. Seguimiento de Sobre la incomprendibilidad*, P. Pajeroles (trad.) (Barcelona: Marbot, 2009).

A los nombres de estos hermanos se les debe añadir, por lo menos, los de historiadores, filólogos y lingüistas como Wilhelm von Humboldt, August Boeckh, Barthold Niebuhr, Franz Bopp y Friedrich August Wolf, con los cuales, mejor dicho, se trata del nacimiento de tres mellizos: la filología romance, la filología germánica y la moderna filología clásica —cuyo manifiesto renovador Wolf dedica en 1807 a Goethe, «el conocedor y expositor del espíritu griego»—; el nuevo método común no aplicaba solo a latín y griego, sino también a provenzal y español, a alemán y a sánscrito, es decir, a las lenguas romances, germánicas y, a la larga, «indoeuropeas», categoría que de hecho se aceptó por entonces. Además de nutrirse de las recientes discusiones de estética y hermenéutica, el método suponía la historicidad de las lenguas y las literaturas que comparaba, lo cual se validaba de manera pionera con las lenguas romances, el único grupo lingüístico afín cuya base, el latín, sí que se conserva<sup>5</sup>.

Dijimos que la definición de los estados nacionales fue encauzada también por esta filología. Este proceso ha sido una aventura romántica, en más de un sentido; y aunque quizás en una dirección contraria a la de sus propias expectativas,

Rousseau lo describió con precisión en el libro segundo del Contrato social (1782) al hablar de las exigencias de «instituer un peuple»: modificar la naturaleza humana y hacer que los individuos formen parte de un todo del que reciban su ser<sup>6</sup>. El «instituir un pueblo», como problema distintivo del Nuevo Régimen, ha tenido varias dimensiones, dos de las cuales vienen indicadas por el término mismo, por la ligadura, de Estado-nación. Mientras en vías jurídicas la soberanía nacional se afirmaba recién con la Constitución estadounidense (1787) —proclamada bajo la fórmula de «We the People», lo cual se ha traducido como «Nosotros, el Pueblo»— y luego con la Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano (1789) —recogida en las consiguientes constituciones francesas y cuyo artículo tercero atribuía la «souveraineté à la Nation»—, en vías culturales la filología moderna hacía lo propio, dotando de contenido moderno a un concepto todavía más bien formal: la «nación» o el «pueblo», fuera lo que se especulara por el español, el francés o el inglés, casos paradigmáticos de relaciones lingüísticas y unidad política, a diferencia del italiano y el alemán, dispersos en distintos principados y dialectos casi autónomos. Es decir: para estos dos casos el Estado no era un presupuesto, un concepto jurídico cuya tradición intelectual había que

<sup>5</sup> Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance*, J. Almela (trad.) (México: FCE, 1973), §§ 1-3, § 14. El libro de Fr. Schlegel fue escrito y publicado en alemán; el de A. Schlegel, en francés.

<sup>6</sup> «Quien ose acometer la empresa de instituir un pueblo debe sentirse capaz de cambiar [...] la naturaleza humana, de transformar a cada individuo, que es por sí mismo un todo perfecto y solitario, en parte de un todo mayor del que este individuo reciba, hasta cierto punto, su vida y su ser, de sustituir la existencia física e independiente por una existencia parcial y moral», cit. en: Karl Marx, «La cuestión judía», *Escritos de Juventud sobre el Derecho*, R. Jaramillo Vélez (ed. y trad.) (169-204) (Barcelona: Anthropos, 2008), 196.

determinar, sino uno que construir a la par. Por lo mismo, no debe extrañar de ninguna manera ni el nacionalismo germinal de la filología ni el liberalismo nacional que se afirmaba en el hogar de los Weber<sup>7</sup>. Uno y otro no se deben identificar de buenas a primeras con los «soverainen Fürsten» o príncipes soberanos de la reaccionaria Santa Alianza y la Confederación Germánica, principio político que la Revolución alemana de 1848 tampoco logró transformar en soberanía nacional, así como tampoco logró una unificación nacional. En cambio, el triunfo militar de Prusia sobre Francia en 1870, liderado por Otto von Bismarck, es precisamente el punto decisivo de la unificación alemana, de aquella que dio paso al segundo Reich: desde luego, la cuestión dejaría a todos los alemanes una «impresión duradera», si bien ni la fecha ni la figura de Bismarck habrían significado mayor cosa para Max y aquellos que ingresaron a la adolescencia una vez pasada la euforia, le rectifica a la viuda el reciente biógrafo Joachim Radkau.

Extendiendo el concepto acuñado y desarrollado por Johann

Gottfried von Herder para reestimar el Medioevo y el Barroco, el «espíritu del pueblo» o Volksgeist, la filología moderna hallaba la «nación» objetivada en la lengua y la literatura, característicamente en los géneros populares: dramaturgias, romances, décimas, etc.; fenómenos histórico-nacionales únicos de los cuales los hermanos Schlegel les derivaban sus propios criterios valorativos, yendo más lejos que el legado de Herder al posibilitar también la autonomía del romanticismo frente a cualquier prescriptiva de ingenua repetición clasicista. De ahí el auge de compilaciones y traducciones, como las pioneras de Herder (1778/79) y las subsiguientes de August Schlegel (1804), Jakob Grimm (1815) o François Raynouard (1816/21); de ahí la representativa definición de la filología por August Boeckh: «el conocimiento científico de la actividad y la vida enteras de determinado pueblo, en determinado periodo de su existencia»<sup>9</sup>. De hecho, tal objetivación de pueblo o nación, acompañada de la de «genio» –Homero y Virgilio, Calderón y Cervantes, Dan-

<sup>7</sup> El mismo Friedrich Diez participó del bando que luchó contra Napoleón; Diez, quien motivado por un consejo de Goethe sobre la poesía provenzal compilada por François Raynouard, y siguiendo en particular el camino trazado por A. Schlegel, a la larga terminó de sentar todas las bases de la disciplina, tanto con su profesorado en la Universidad de Bonn como con dos obras rápidamente reeditadas y traducidas al francés: los tres volúmenes de la *Gramática de las lenguas romances* (Bonn, 1836/43; 5.ª ed., 1882) y el *Diccionario etimológico de las lenguas romances* (Bonn, 1854; 5.ª ed., 1887). Así mismo, del proyecto de la unificación alemana hizo causa política y académica Georg Gottfried Gervinus, quien llega a ser profesor extraordinario de la Universidad de Heidelberg luego de retomar al otro Schlegel y la triada de lengua, literatura y nación para publicar los cinco volúmenes de la primera historia de la literatura alemana, dedicada a los hermanos Grimm (*Historia de la literatura nacional poética de los alemanes*, Leipzig, 1835/1842; a partir de la 4.ª ed., reescrita como *Historia de la poesía alemana*, 5 vv., 1853; 5.ª ed. de esta versión, 1871/74); Tagliavini, Orígenes, § 3. Gervinus, además, fue instructor de la madre de Weber e íntimo amigo del abuelo materno, cuya biografía escribió y la cual le dio a leer al Max de trece años el primo Fritz Baumgarten, muy a pesar de Weber padre; Joachim Radkau, *Max Weber. La pasión del pensamiento*, E. Webels (trad.) (México: FCE, 2011), 36-37, 62-64. Destaca que hacia esa edad Max escribió sus primeros dos ensayos, como adelante veremos.

<sup>8</sup> Radkau, *Max Weber*, 164-167.

<sup>9</sup> Tagliavini, Orígenes, § 12.

te y Boccaccio, Shakespeare o aun Goethe mismo—, fue la versión de entonces de la pregunta por la relación entre lengua, literatura y sociedad, en cuanto aquella filología precedió tanto a la sociología como a la antropología, la cartografía y la historiografía modernas; es decir: aunque la validación empírica mediante las lenguas romances y sus distintas obras literarias contribuyó a otros desarrollos científicos, ni podía suplirlos, ni podía adelantarse a los consiguientes conceptos. Así, cabe comentar: el «conocimiento de historia universal» de que hablaba Marianne Weber y que «estaba forjándose» por entonces contaba con Leopold von Ranke, Johann Gustav Droysen y Theodor Mommsen —aquel partícipe de la sociabilidad de los Weber, a quien Max mismo leería profusamente hacia los dieciséis años<sup>10</sup>; tanto para sus estudios de lo que cabía llamar historia reciente como para los de la Antigüedad grecolatina, los tres contaban, a su vez, no solo con conceptos provenientes de la Ilustración, como «historia universal», sino también con otras contribuciones del método filológico moderno, más allá de la triada conceptual de lengua, literatura y nación —de la cual tampoco ellos prescindían—. Por ejemplo, contaban con abundantes originales, traducciones e interpretaciones de escritores antiguos y modernos o la enseñanza escolar, ya instituida, de latín, griego y lenguas modernas; en una palabra, disponían de hábito lector, erudición y

multilingüismo, las herramientas de trabajo más básicas para confrontarse con los textos, con los autores, con las distintas tradiciones nacionales que a la par iba definiendo la filología.

En efecto, ante la victoria de Napoleón sobre Prusia (1806), y como parte de un plan de reformas sociales y estatales dirigidas a evitar una revolución a la francesa, Wilhelm von Humboldt había obtenido el apoyo gubernamental para instituir la crítica kantiana, el clasicismo grecolatino y la filología moderna mediante la erección de la Universidad de Berlín, a su vez clave de bóveda del nuevo sistema educativo del principado —del cual egresan Karl Marx y varios de los distinguidos partícipes de la sociabilidad familiar de los Weber—, y de aquel del eventual Reich de Otto von Bismarck y el káiser Wilhelm I —del cual egresan tanto Max y Alfred Weber como August Hausrath y Fritz Baumgarten, primos suyos que serían filólogos clásicos—. Salvo Friedrich Schlegel, quien terminaría por convertirse en un furibundo católico y alto funcionario de la Santa Alianza, los restantes cinco autores —Humboldt, Boeckh, Niebuhr, Bopp y Wolf— fueron profesores de la Universidad de Berlín; August Schlegel, por su parte, lo fue de la Universidad de Bonn, donde ocupó la primera cátedra alemana de indología. Y el Max de nueve años, estimulado por una prominente sociabilidad familiar, poseedor de una tenaz voluntad individual, «fascinado por la historia y la genealogía», que «aspira ya a cosas mayores» y al que el «latín lo atrae grandemente»... ya era estudiante del Gymnasium de Charlottenburg, en las afueras de Berlín. No era excepcional, como dijimos, el interés por el latín. Era

<sup>10</sup> Marianne Weber, *Max Weber*, 97.



una exigencia curricular, una por la que Marx mismo discurrió sobre la magna pax Augustana en 1835, a sus diecisiete años, para satisfacer su *Examinatio maturitatis*, o sea para obtener el diploma de madurez o *Reifezeugnis* y graduarse así del *Gymnasium* de Tréveris —hubo de redactar también dos exámenes en lengua alemana: una exégesis bíblica y un ensayo sobre la elección de la profesión—<sup>11</sup>. Así como cabe sospechar de Marianne una magnificación de su difunto esposo, cabe hacerlo de la madre y la abuela, cuyas asiduas lecturas teológicas no sustituían tal educación instituida y dominada por la filología y la Antigüedad.

Se trata, pues, de un significativo concepto de formación escolar, no como el pupilaje o la minoría de edad, como la pasividad repetitiva o reproductiva, sino como el esclarecimiento o la ilustración incesantes, como la mayoría de edad o la audacia del individuo para pensar y hablar por sí mismo, en un esfuerzo productivo, crítico y autocrítico, sometido a público y libre examen... Junto con aquellas herramientas básicas para el tra-

bajo científico-social, nada más lógico que la escritura también fuera parte sustancial de este ethos kantiano, de este modo de conducción de vida que exigía la escrupulosidad intelectual suficiente para coordinar la convicción y la responsabilidad —dicho hoy con Weber— y sobre el que se fundaba la misma autonomía universitaria prusiana. Pero no nos adelantemos a la conferencia de «La ciencia como vocación», la cual además podría tenerse para Weber como se tiene para Kant la clásica «Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?» (1792)<sup>12</sup>. Señalemos por lo pronto que dicha conferencia es un ejemplo paradigmático de las lecturas que priorizó Weber en Prima o último año del *Gymnasium*, a los dieciocho años: Kant, según relata sin mayor detalle Marianne Weber<sup>13</sup>.

### III

Sirvámonos de la consideración sobre esta formación y la escritura para adentrarnos en el nacionalismo de la filolo-

<sup>11</sup> Cfr. Karl Marx, «An principatus Augusti merito inter feliciores reipublicae Romanae aetates numeretur?» (1835), disponible en la página web de la Bibliotheca Augustana junto con una exhaustiva edición bilingüe de R. Vázquez Velázquez; *Filología*, gaceta en línea editada por estudiantes de la Universidad de Antioquia, también publicó una traducción anotada de D. A. Arboleda-Méndez (Vol. 2, N.º 10 [2019]).

<sup>12</sup> Para ahondar en el concepto alemán de formación (*Bildung*), se puede seguir la historia que Rudolf Vierhaus preparó para el primer tomo de los *Conceptos históricos fundamentales*, traducida por J. G. Gómez García y publicada y puesta en línea en nuestra Alma máter por la *Revista de Educación y Pedagogía* (2002). Acerca del clásico ensayo kantiano, hay una traducción en línea de Rubén Jaramillo Vélez publicada por la *Revista Colombiana de Psicología* (1994). Sobre los gimnasios dominados por la filología, véanse, de un lado, la formación de Nietzsche en: Gutiérrez Girardot, *Nietzsche y la filología clásica* (Bogotá: Panamericana Editorial), §§ 1-7; de otro lado, entre distintos testimonios, los reproches de los naturalistas Wilhelm Ostwald y Hugo von Mohl: Radkau, Max Weber, 137, 271.

<sup>13</sup> Marianne Weber, Max Weber, 94. «La ciencia como vocación» también es un ejemplo paradigmático de la importancia de la literatura para la sociología de Weber, cuyas interrelaciones, muchas de raigambre filológica, no solemos hoy advertir, acaso a falta de una formación semejante a la de él; al respecto de dichas interrelaciones de literatura y sociología en Weber; cfr.: J. M. González García, «La literatura en el pensamiento de Max Weber. Desencantamiento del mundo y retorno de los dioses», en: Á. Morcillo Laiz y E. Weisz (eds.), *Max Weber en Iberoamérica* (369-394) (México: FCE, CIDE, 2015).



gía y en su tratamiento diferenciado en la juventud y en la madurez de Max Weber. No nos detengamos en la mención de Marianne a las largas cartas que, a manera de crónicas o reportes cotidianos, hacia los doce años Max les dirigía a sus padres. Tampoco, por ahora, en aquella mención a la correspondencia con su primo Fritz, ocho años mayor y ya estudiante de filología clásica en la Universidad de Berlín, correspondencia que revela las lecturas que le llenaban la cabeza entre los catorce y los dieciséis años<sup>14</sup>. Retomemos, más bien, la mención de Marianne a los dos ensayos que Max redacta hacia los catorce años y a aquel otro a los dieciséis, los tres en lengua alemana y presentados a su familia alrededor de Navidad —quizás con las vacaciones invernales a su favor—: de una parte, «Acercas del curso de la historia de Alemania, con especial atención a las posiciones del emperador y del papa», probable resultado de las mismas pesquisas que a esa edad hacía para trazar «un mapa histórico de la Alemania de 1360» —conforme le escribiera a su abuela de Heidelberg—, y «Acercas del periodo imperial romano desde Constantinopla hasta

la emigración de las naciones», en el cual habría medrado la fascinación por la genealogía con el árbol de uno de los emperadores —y en el cual, necesariamente, también habría pasado por la magna paz de Augusto—; de otra parte, «Observaciones sobre el carácter étnico, el desarrollo y la historia de las naciones indoeuropeas», el cual «ya incluye los resultados de un pensamiento original».

Si bien la reciente biografía de Joachim Radkau sirve además para contrapesar en muchos puntos la perspectiva de Marianne —ese «centinela», según la califica—, no nos informa ni de estos primeros ensayos de Max ni de los conceptos en ellos empleados, de manera que las palabras de la viuda, tan entusiastas como pocas, son la única noticia a la mano. Con todo, acerca del tercero, ella intercala citas del propio Max, dejando ver que él aborda «“las leyes que rigen este desarrollo”» histórico y político de las naciones desde la «“filosofía de la historia”», ámbito que Herder planteó por vez primera en lengua alemana, en respuesta tanto a la pionera filosofía de la historia de Voltaire como al *esprit* de este y al de Montesquieu, ciertamente distintos al *Volksgeist*<sup>15</sup>. En una primera parte, el joven

<sup>14</sup> Marianne Weber, Max Weber, 90-93, 97. Además de la biografía de su abuelo materno por Gervinus, como señalamos en la nota 6, entre las lecturas Marianne refiere una historia de Grecia por Ernst Curtius y otra de Estados Unidos, sin indicar autor; obras del ya mentado Mommsen y de Heinrich von Treitschke, otro partícipe eventual de la sociabilidad familiar de los Weber, y Plantas de cultivo y animales domésticos de Viktor Hehn, libro sobre el cual volveremos.

<sup>15</sup> Montesquieu reduce el *esprit* a lo estrictamente político, haciendo del «Estado el auténtico sujeto de la historia»; aunque Voltaire incluía en él artes, ciencias y costumbres, juzgaba estas según el criterio ilustrado de la razón y la idea de progreso indefinido de la humanidad, o según el «ideal glorificado de su propia época», decía Herder, de manera que todo quedaba desechado bajo el anatema de fanatismo religioso: «En todas las naciones la historia es desfigurada por la fábula, pero al fin llega la filosofía a esclarecer a los hombres», advertía Voltaire en su *Filosofía de la historia*; Virginia López-Domínguez, «Presentación», en: J. G. Herder, *Antropología e historia*, V. L. -D. (trad.) (9-33) (Madrid: UCM, 2002), 15-17. Sin embargo, tampoco ellos están exentos de contradicciones y ambigüedades; por ejemplo: tanto Voltaire como Herder llegaron a encantarse con la religión ancestral de la India, Herder retomó distintas consideraciones de Montesquieu, quien tratara también del «inconveniente del traslado de una religión de un país a otro», y Kant mismo criticó la oscuridad y la falta de precisión conceptual de la filosofía de la historia de Herder; Maurice Olender, *Las lenguas del paraíso. Arios y semitas: una pareja providencial*, H. Pons (trad.) (Buenos Aires: FCE, 2005), 20, 60, 64, 90.

describe la «naturaleza» y el nivel cultural de las naciones más importantes»; define «emociones nacionales» [Volksgemüt] como fuente de las religiones y la poesía popular», al igual que lo hace con «espíritu nacional» [Volkgeist] como forma de actividad que hace surgir la «cultura» en el sentido auténtico». Max continúa con una comparación entre literaturas, filosofías y religiones de Oriente y Occidente, asunto por el que se explaya de manera destacable sobre Homero y Osián, lo cual sin duda es tanto una apropiación como una suscitación de Las penas del joven Werther (1774) y Goethe, cuyos cuarenta volúmenes de obras completas por entonces habría leído en clase y a escondidas, todo según la misma Marianne. En una segunda parte, «intenta mostrar las “leyes” que rigen la historia política de las naciones, desde los inicios de la civilización hasta la actualidad». Al esquema de una lucha milenaria de Occidente y Oriente subyace una «antipatía» ya inmemorial entre «las dos ramas principales de la raza caucásica, la semita y la indoeuropea», lucha por la cual varias veces hubo una «mezcla intelectual» que condujo a una «semitización», es decir, a la derrota de la cultura aria», cuyos «ámbitos» han peligrado «repetidas veces» por «las formas “despóticas” de gobierno peculiares de los semitas» y por «el fanatismo religioso», a pesar de que la batalla de Salamina «aseguró el dominio ario en el Occidente durante un milenio». Y concluye: «La única condición política benéfica para ellos [los indoeu-

ropeos], y por tanto el tipo deseable, es un gobierno constitucional»<sup>16</sup>.

Antes de avanzar, hemos de recordar que la biografía de Marianne es previa al nacionalsocialismo, inevitable telón de fondo para estas consideraciones, pero también razón extra, y cronológica, para que la autora no diera mayor importancia a los conceptos que atribuye a ese ensayo de juventud. Ahora bien, a falta de este y los otros dos, es imposible aquí distinguir, entre sus «numerosas fuentes», aquellas de filosofía de la historia. Cabe sospechar, empero, que los ensayos fueron previos a las lecturas de Kant en Prima, por lo que sería plausible pensar en Herder, por ejemplo, a pesar de la mayor raigambre ilustrada que delatan la declaración a favor de un gobierno constitucional y la crítica en contra del despotismo y el fanatismo —con lo cual cerraremos—. Además, y en potencial contradicción con esta crítica, en el ensayo ya hay otra distancia gruesa frente a Herder, quien falleció en 1803 sin que circulara todavía noción ninguna de «semita», la cual no alude a un credo, al judaísmo, sino a equiparaciones de «raza», «lengua», «cultura», «nación» y «civilización», en contraposición a sentidos ya ampliados de la categoría de indoeuropeo, la cual originalmente solo fue lingüística y cuya estricta validación, ya lo dijimos, tiene que ver con el nacimiento de la filología moderna, con los estudios de sánscrito de los Schlegel y con los de lingüística histórica y comparada de Franz Bopp.

Aquí importa señalar que la nueva filología pronto se anquilosó, incapaz de someter a escrutinio o crisis sus supuestos previos y sus conceptos fundamentales. Separada

<sup>16</sup> Weber, Marianne. *Biografía de Max Weber*. En M.ª A. Neira Bigorra, tr. México: Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 94-95.

del ambiguo marco del romanticismo y vaciada de su sustancia filosófico-histórica, estética y hermenéutica, el desarrollo unilateral de teorías lingüísticas y el de historias literarias nacionales ha sido una tendencia bastante clara<sup>17</sup>. Reenmarcada en comprensiones naturalistas, bien fueran organicistas, antes de Darwin, bien fueran biologicistas, después de él, la filología no dejó de suscitar suspicacias, conforme a mediados del siglo XIX empezaran a destilar el burdo licor del antisemitismo y los racismos modernos dos franceses, el filólogo y hebraísta Ernest Renan y el diplomático Arthur de Gobineau —y, junto a ellos o tras ellos, toda una intelligentsia antes oscilante y ya más bien comprometida con nacionalismos providenciales, convicciones que guiaron sus nuevas lecturas de los románticos—.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Una comprobación sencilla se halla en el libro de Tagliavini: once capítulos dedicados a la historia institucional de la vertiente lingüística frente a uno, el duodécimo, parcialmente dedicado a la literaria, la cual se difumina a mediados del siglo XIX, justo conforme fallecieron los Schlegel, August Boeckh, Friedrich Diez, etc. Otra comprobación, complementaria, son los historiadores de literaturas nacionales que examina Gutiérrez Girardot en: «Revisión de la historia literaria latinoamericana», Aproximaciones (13-27) (Bogotá: Procultura, 1986).

<sup>18</sup> Elisabeth Roudinesco, *A vueltas con la cuestión judía*, A.-P. Moya (trad.) (Barcelona: Anagrama, 2011), §§ 1-2. Junto a las elucubraciones de Renan sobre la diada de arios y semitas, Olender examina las obras del mitólogo Friedrich Max Müller, el lingüista Adolphe Pictet y el sacerdote luterano Rudolf Friedrich Grau, prestando particular atención a las relaciones entre ellos y a las convenientes lecturas de ellos sobre Herder. Entre muchas otras críticas que Olender recupera, le dedica un capítulo a las del gran islamista Ignaz Goldziher y destaca las de Hegel en contra de los románticos y las de Ferdinand de Saussure a propósito de su maestro Pictet y de un método filológico «exclusivamente comparativo» que suplanta la historia con una «antropología prehistórica» o «el sueño casi consciente» de «la edad de oro» y que considera «el desarrollo de dos lenguas como un naturalista lo haría con el crecimiento de dos vegetales»; *Las lenguas del paraíso*, 22, 31. Tagliavini recupera también algunas más de Saussure y otras de Gaston Paris, discípulo francés de Fr. Diez, en contra del organicismo del lingüista August Schleicher: *Orígenes de las lenguas neolatinas*, § 4; en *Nietzsche y la filología clásica*, Gutiérrez Girardot estudia, de manera minuciosa y pionera en lengua española, aquellas que le valieron a Nietzsche el insulto —conceptualmente preciso— de cultor de una «filología del futuro». Por otro lado, importa reiterar que los nacionalismos, agresivos o no, son un problema estructural del Nuevo Régimen, de las «sociedades industriales», al decir de Ernest Gellner en *Naciones y nacionalismos* (trad. J. Setó) (Barcelona: Alianza Editorial, 2008), uno de cuyos ejemplos favoritos es la pregunta por la lengua de la burocracia estatal; en cuanto problema estructural, todo intento de rescatar, conservar o investigar alguna nación, lengua, cultura, religión o tradición «marginal» tiene el mismo efecto ya en absoluto imprevisto: fijación escrita, cristalización y sometimiento a las mismas condiciones a las que todas las demás culturas están hoy sujetas en relación con los Estados nacionales —el retorno y la lucha a muerte de todos los dioses—.

Reenmarcada en comprensiones materialistas críticas, la filología se iba encauzando en una historia de la cultura del calibre de *Plantas de cultivo y animales domésticos* (1870) del filólogo clásico Victor Hehn, de cuya lenta y exhaustiva lectura informaba Max a su primo Fritz y la cual sí habría de dejarle una impresión duradera, aunque acaso no tanta como la que le dejó la *Historia del materialismo* del neokantiano Friedrich Albert Lange, regalo navideño pedido insistentemente a sus padres y «lectura predilecta» durante más de un año. Este libro, de hecho, acribilla cualquier filosofía

de la historia o «falsa teleología», «enemigo hereditario de todo estudio de la naturaleza», afirmación de Lange que resuena con aquella de «La ciencia como vocación» en contra de quienes aún creen en la ciencia como el camino verdadero para aprender el «sentido» del mundo», como el camino verdadero hacia el arte, hacia la naturaleza, hacia Dios, hacia la felicidad: «niños grandes que frecuentemente se mueven en el campo de las ciencias naturales», «que pueblan las cátedras y las salas de redacción»<sup>19</sup>. En efecto, la preocupación filológica e historicista por las naciones, por una sustancia o cualidad espiritual que trazaría desde tiempos inmemoriales un continuo histórico —aun antes de su institución moderna como Estado nacional—, hace de la ciencia, no secularización, sino mistificación o sustituto de religión; del supuesto pasado, presente y futuro —o sea programa de acción—; y de la filosofía de la historia, por lo tanto, una teleología o, incluso, una teología de la historia<sup>20</sup>.

He aquí el núcleo de la cuestión. El naturalismo es medular,

tanto que alrededor de él articula Radkau su biografía de Max Weber. Nosotros, sin embargo, queremos señalar por él una renovación de la filología y el supuesto de la nación. O una disolución parcial, en sociología de la cultura. Habla al respecto, con facilidad, el “individualismo metodológico” que caracteriza la obra de Weber, ese rechazo suyo a sustantivar actores colectivos, a naturalizarlos siguiendo una especulación prefijada, por lo que emplea al cabo un análisis a varios niveles o una macrosociología fundada en una microsociología<sup>21</sup>. Igualmente, habla al respecto la fina distinción entre religiones, nacionalidades, culturas y asociaciones con la que plantea el problema de investigación en La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo, deslindándolo de lugares comunes, prejuicios y, en el fondo, determinismos propios de una disciplina filológica envejecida, incapaz ya de confrontar relaciones extratextuales o sociales. Sin embargo, creemos que un pasaje de aquel mismo ensayo de juventud ilustra de la mejor manera la cuestión,

<sup>19</sup> Max Weber, «La ciencia como vocación», *El político y el científico*, F. Rubio Llorente (trad.) (181-233) (Madrid: Alianza Editorial, 1998), 50-52. Sobre la lectura de Hehn: Marianne Weber, Max Weber, 97; Radkau, Max Weber, 180-181. De acuerdo con Radkau, la línea principal del libro de Hehn «consiste en mostrar el origen asiático del fundamento natural de la cultura europea», basado «en un enorme conocimiento de la poesía de las épocas y culturas más diversas». Sobre la lectura de Lange: Radkau, Max Weber, especialmente 181 y ss. Así como la lectura de Lange cumplió un papel significativo para Weber y muchos otros individuos procedentes de la burguesía ilustrada alemana, también lo cumplió para Nietzsche —a quien Weber cita en ese mismo pasaje de la conferencia, valga recordarlo, a propósito de los «últimos hombres», «especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón»—: Gutiérrez Girardot, *Nietzsche y la filología clásica*, 44-50, 95-101.

<sup>20</sup> Al respecto de la cabeza del historicismo alemán, Leopold von Ranke, Olender recuerda que el «empuje del espíritu positivo y crítico en la historiografía no modera necesariamente el uso del argumento providencial, al que se apela para justificar el rumbo de las cosas», y cita de él: «cada época existe en una relación inmediata con Dios» (*Sobre las épocas de la nueva historia*, 1854; 1.ª ed.: 1888); *Las lenguas del Paraíso*, 29.

<sup>21</sup> Weber, Marianne. *Biografía de Max Weber*. En M.ª A. Neira Bigorra, tr. México: Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 95.

a fuerza de contraste. De acuerdo con Marianne, «convencido de que tales leyes [que rigen el desarrollo de las naciones] existen, como en la naturaleza», el joven Max afirmaba en 1879: «Las naciones no pueden abandonar por completo el curso que han seguido, así como los cuerpos celestes no pueden salirse de sus órbitas siempre que no haya perturbaciones externas, lo que también modifica las órbitas de las estrellas»<sup>22</sup>. En cambio, en la introducción a la compilación de 1920 de sus ensayos sobre la ética económica de las religiones universales, al discutir los efectos prácticos, conductuales, de la idea de salvación, escribe la decisiva y muchas veces citada metáfora del guardagujas; valga repetirla: «Los intereses materiales e ideales, y no las ideas, dominan directamente la acción de los hombres. Pero muy a menudo las “imágenes del mundo” (Weltbilder), creadas por las “ideas”, han determinado como guardagujas (Weichensteller) los rieles sobre los que la acción viene impulsada por la dinámica de los intereses. A partir de esta imagen del mundo se orientaba el “de qué” y el “hacia qué” se quería y —no olvidarlo— se podía ser redimido». Y, desde luego, «imágenes del mundo» también son las que crean las ciencias, las filosofías de la historia y el romanticismo —sea esta investigación filológica, sea producción literaria—. La metáfora hace más que sustituir las naciones-cuerpos celestes por

---

la acción de los individuos o el determinismo de las órbitas por la contingencia de rieles —desviables o modificables, como todo producto humano—; ella es solo una parte de las exigencias metodológicas para que la sociología comprensiva sea ciencia empírica, histórica y comparativa del sentido de la acción y del texto, del «conocimiento de lo conocido» —en palabras de August Boeckh sobre la filología—, para que sea ciencia de la cultura<sup>23</sup>.

Pero... el joven Max, encantado en los juegos de una «falsa teleología», de las leyes del desarrollo ingénito de las naciones según alguna filología providencial, ¿apuesta por un gobierno constitucional y embiste a la vez el despotismo y el fanatismo religioso? No hay que forzar las posibilidades documentales. La cuestión, aun así, pone sobre la mesa los juicios de valor que son intrínsecos a la filología y la crítica literaria, es decir, pone sobre la mesa lo que queda por fuera de aquella disolución parcial en sociología de la cultura. Comparemos un momento con Marx, cuya radicalidad en contra de la superstición, el fanatismo y la religión se funda en la primacía de la verdad y la ciencia —al igual que la de Voltaire—, pero esta radicalidad no apunta tanto a la emancipación política, al reconocimiento del Estado como tal —como Estado secular o político, en vez de cristiano o teológico—, cuanto a la emancipación humana, al Estado democrático, conforme aclaró en «La cuestión judía» (1844). Además, Marx advertía entonces que el Estado político supone entre los hombres tanto diferencias de propiedad privada como de cultura o religión, aunque las anule políticamente a favor de la

<sup>22</sup> Marianne Weber, *Max Weber*, 95.

<sup>23</sup> Para una exégesis de la metáfora, donde los rieles hacen las veces de instituciones que median entre ideas e intereses, véase: W. Schluchter, «Ideas, intereses, instituciones: conceptos claves de una sociología orientada por Max Weber», *El desencantamiento del mundo*, J. Tejeiro Concha, Fr. Gil Villegas y A. Weiss (trads.) (90-119) (México: FCE, 2017). A propósito de los problemas esbozados en este artículo, es pertinente señalar también otro capítulo de Schluchter en *Acción, orden y cultura: «¿Ley histórica o tendencia de desarrollo? Sobre la limitada capacidad de pronóstico de las ciencias sociales»* (143-160).

soberanía nacional. Acabar de hecho con las diferencias culturales en un Estado tal no sería totalitarismo; ¿se trataría, más bien, de una generalización de aquella formación clasicista, cosmopolita y filológica que Marx mismo recibió, de algún sistema educativo nacional, de uno que ponga a la «sociedad» «en vías de ilustración», dicho con Kant y su clásico ensayo de 1792? Sea como fuere, sobre los supuestos de la formación antedicha y del valor ilustrado de la razón —lo universal en los individuos, lo común a la humanidad—, se pueden entrever razones por las cuales Marx no hallara problemas científicos en las implicaciones culturales y nacionalistas del Nuevo Régimen. Muy en cambio, Weber concluye «La ciencia como vocación» con el retorno y la lucha a muerte de los viejos dioses, transmutados por el proceso milenarista de intelectualización o racionalización, sí, pero aún poderosos e irreconciliables; bien lo sabemos, esta es la metáfora con la que Weber plantea la imposibilidad de que la ciencia —la verdad alcanzable dentro de los meros límites de la razón— prescriba o jerarquice un valor, sea para la enseñanza a estudiantes de distintos credos, nacionalidades, ideologías o corrientes de opinión, sea entre el valor de la cultura francesa y el de la alemana —o cualquier otra—, sea incluso entre el de la vieja universidad prusiana, en vías de extinción, y el de la burocratizada y capitalista estadounidense, en vías de expansión.

Con todo, Weber, Marx y Kant se reencuentran, no en una mistificación pretendidamente científica,

---

sino ya rindiendo culto expreso a sus demonios: durante el mismo 1919 de «La política como vocación», el profesor de Heidelberg sale de nuevo a la palestra pública, ahora para colaborar enfática y programáticamente en la defensa de la «manera humanística» como «fueron formados los representantes decimonónicos de la lucha burguesa por la libertad, al igual que los de la proletaria», al igual que «los representantes del sentimiento nacional inglés», «los del francés», «los de la cultura democrática estadounidense» y «los del socialismo»; formación que él mismo también cursó, que había elevado a Alemania por encima de una «triste y pequeña creencia nacionalista» y que, vinculada a las batallas de Salamina y Maratón, a la «autoafirmación del helenismo en contra de Oriente» y a «los valores eternos» «de la Antigüedad» en política, filosofía, arte y literatura, constituía una garantía para una ciencia, para una universidad, para una sociedad —para una nación— que no se engañe a sí misma con sustitutos de religión, con grimorios y juegos reencantados, con nuevas y viejas teologías de la historia que socaven la libertad de investigación —a despecho de quienes pretendían, de manera contradictoria, un «pensamiento» por completo «sin supuestos previos»—. En otras palabras, constituía una garantía para «una cultura intelectual libre de poderes jerárquicos y políticos tradicionalmente ligados y patriarcales, como sólo Occidente la ha producido». Corolario: su intercesión por la conservación del *Gymnasium* no contradecía el pronóstico de especialización de «La ciencia como vocación», sino que aspiraba a preservar aquello que en verdad la fundamenta<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> Max Weber, «Intercesión por el *Gymnasium*», traducción de L. F. Quiroz Jiménez incluida en este mismo *dossier*.